se encontró su vanguardia con los ingleses, que le esperaban hácia Cacabelos y Bembibre: la mandaba el general Colbert, que acometió con ímpetu á los ingleses, y quedó muerto en el campo con otros muchos franceses; y aunque estos recibieron un considerable refuerzo, no se determinaron á acometer á sus contrarios, defendidos por una batería respetable. Llegada la noche, siguieron su retirada, aumentándose hasta lo sumo en el camino el desenfreno de los soldados, que, especialmente en Villafranca, se entregaron al robo descaradamente, y maltrataron cruelmente á sus moradores, á pesar de las medidas y castigos rigorosos con que procuraba contenerlos su general. Creció de un modo espantoso el desórden en el camino hasta Lugo, causa tal vez por la cual no se resolvió el general Moore á esperar á los franceses en los Valcárceles, á la entrada de Galicia, que ofrecen muchos puntos en que con poca gente se puede detener y causar mucho daño á un ejército numeroso. Abandonóse la artillería y los heridos y enfermos; se arrojó por un precipicio una gran cantidad de dinero por órden del mismo general, y los soldados destrozaron el vestuario y armamento que venia de Inglaterra para las tropas del marqués de la Romana. Por fin, llegó todo el ejército á Lugo. A legua y media de aquella ciudad quiso el general británico presentar batalla á los franceses: no la admitió Soult, contemplándose inferior en fuerzas; pero tampoco juzgaron prudente los ingleses esperar á que se reforzase, y en la noche del dia 8 de Enero emprendieron de nuevo su retirada, y llegaron la tarde

del 9 á Betanzos, donde se detuvieron el 10 para repararse algun tanto de la fatiga y de los trabajos de tan penosa retirada; y habiendo salido el dia siguiente, se aproximaron por último á la Coruña.

La division inglesa que habia llevado el camino de Fuencebadon, se habia embarcado en Vigo por órden de Moore, que habia pensado embarcarse con todo el ejército en aquel puerto. Mudó despues de parecer, y dió órden á los buques ingleses para pasar á la Coruña. Al dar vista á esta ciudad, no parecian todavía los trasportes, detenidos por vientos contrarios; y esta detencion puso al general inglés en la necesidad de batirse con su adversario, aunque lo habia rehusado en otras ocasiones con probabilidad de mejor éxito, por hallarse su ejército mas completo, y conservar todavía disciplina y órden. Preparóse pues para recibir al enemigo en la posicion cerca de la Coruña, que juzgó mas á propósito. Dejáronse ver los franceses el dia 12. El dia 14 por la tarde entraron en el puerto de la Coruña los buques ingleses, y en la misma noche se embarcaron 52 piezas de artillería con los heridos y enfermos. Tenia dispuesto el general el embarco de todo el ejército para la noche del 16; pero á las dos de la tarde de aquel dia acometieron los franceses con su furia acostumbrada, y siguió un combate serio y encarnizado. En él quedó gravemente herido el general inglés Baird: tambien el general en jefe sir Juan Moore, que acudia con valor, serenidad y diligencia adonde quiera que estaba mas empeñada la pelea. Hiriole mortalmente una bala de cañon que

le dió en el hombro izquierdo; cayó en tierra, pero se levantó, y no quiso que se le retirase, hasta que inspeccionando el campo, vió que los suyos peleaban con ventaja, lo que le sirvió de mucho consuelo. Murió de allí á pocas horas, y se le dió sepultura en la Coruña.

No se amilanaron los ingleses por la muerte de su general: siguieron peleando con bravura, y avanzando por toda la estension de la línea, hicieron retroceder á sus contrarios. Pero llegó la noche, y el general Hope, sucesor de Moore, dispuso que se embarcase el ejército, lo que se ejecutó, ayudando al embarco los habitantes de la Coruña; porque si bien no habia sido muy satisfactorio el éxito de la espedicion de los ingleses, no dejaban de estar agradecidos á su buena voluntad, al mismo tiempo que seguian sumamente animados contra los franceses. Notaron estos el embarco por la mañana, y desde las alturas inmediatas á la bahía, hicieron algun daño á los barcos con artillería. Pero al fin desaparecieron los ingleses antes que los enemigos entrasen en la Coruña, porque la plaza no se entregó hasta que se habian puesto en salvo.

Recomendaban al general Moore muchas prendas personales, por las cuales dejó grata memoria en España: lo hemos oido á personas que le trataron, y aun á damas castellanas, de quienes se hizo apreciar sobremanera por sus delicados modales. Como militar, fué bastante irresoluto en sus operaciones; mas esta irresolucion halla, si no justificacion, á lo menos una disculpa racional en lo nuevo, estraordinario y

difícil de las circunstancias de que se veia rodeado cada dia. Los españoles tenemos que agradecerle un deseo sincero de contribuir á la salvacion de nuestra patria.

Entraron los franceses el dia 20 en la Coruña, que capituló el dia 19 por no poder defenderse: tampoco podia el Ferrol; y así, aunque no accedió á la rendicion que por varias veces la intimaron los enemigos, luego que estos estuvieron en estado de hostilizar la plaza, capituló tambien; entraron los franceses el dia 27, y hallaron en la dársena de su puerto siete navíos con tres fragatas y varios buques menores. La distancia de estas dos plazas situadas en el estremo de la península opuesto á los Pirineos, y la confianza en nuestros ejércitos y en las tropas británicas, que tan brillantes habian desembarcado en aquella costa, habian adormecido á las autoridades de Galicia para que no las fortificasen, ya que ellas no eran de suyo bastante fuertes.

El marqués de la Romana que, consternada Galicia, se vió solo con un corto número de soldados, tristes reliquias del ejército de la izquierda, se dirigió hácia Portugal, perseguido por los franceses, resuelto á no separarse de la frontera de aquel reino, y á no abandonar á Galicia. El mariscal Soult se proponia entrar en Portugal, y con este intento se encaminó hácia Tuy, pasando por Santiago, donde entró el dia 3 de Febrero sin resistencia alguna. Con este motivo se encargó del mando en Galicia el mariscal Ney; guarneció los puntos principales, y el país quedó sin aliento al parecer, para emprender ningun

movimiento contra los conquistadores. Así lo creyeron seguramante los franceses; y se lisonjeaban de su triunfo tan prematuramente, como les hizo ver el tiempo no mucho despues.

Mientras estas cosas pasaban en Galicia, Napoleon, que habia recibido en Astorga noticias alarmantes de los preparativos del Austria, retrocedió á Valladolid, donde entró el dia 6 de Enero. Supo que en esta ciudad habian sido asesinados algunos franceses, y mandó prender é intimar al ayuntamiento que si dentro de un breve término no se descubrian los agresores, mandaria ahorcar á cinco ó seis de sus individuos. Se vió en grande aprieto el ayuntamiento, porque Napoleon estaba furioso: los regidores no sabian ni tenian medios de averiguar quiénes eran los delincuentes. El corregidor interino delató á un vecino, que fué preso con dos criados suyos, los cuales fueron ahorcados, librándose su amo á fuerza de ruegos: favoreció así el corregidor á los individuos del ayuntamiento; pero cometió la infamia de denunciar á un compatriota suyo, inocente ademas, segun se creia, lo mismo que sus criados.

De Valladolid salió Napoleon el dia 17 de Enero para Paris. Los preparativos de guerra que hacia el emperador de Austria, le llamaban á Francia con urgencia. Pero antes de salir de Valladolid hizo que fuesen á aquella ciudad diputados por Madrid á suplicarle que volviese José como rey á la capital del reino, porque andaba su ánimo dudoso, despues que por sus ojos se habia cerciorado de la hermosura de nuestro país, si consentiria que su hermano conservase la corona, ó si mas bien, á título de conquista, agregaria la España al imperio francés. José, desde que su hermano se presentó delante de Madrid á principios de Diciembre, andaba muy poco satisfecho; pues no tenia mas dictado que el de Lugarteniente del emperador en la Península, sin embargo de que anteriormente le habia reconocido por rey de España, y como tal habia hecho su entrada en la capital, como tal habia morado en el palacio de nuestros reyes, y desde él habia mandado como soberano, á lo menos en el nombre, porque en realidad no habia mas voluntad que la de Napoleon. Desairado, pues, y amostazado, no habia querido entrar en Madrid, y se mantenia en el Pardo.

Estaba á la sazon nuestro ejército del centro en Cuenca, d donde su jefe, el duque del Infantado, hizo mover alguna fuerza hácia el Tajo, impelido por los clamores de los pueblos, oprimidos y vejados por los enemigos. Mandó, pues, al general Venegas con 4.000 infantes y 800 caballos, y bajo sus órenes al brigadier Serna con otra tanta fuerza: el primero debia apoderarse de Tarancon, y el segundo de Aranjuez, puntos ambos ocupados por los franceses. Envió Venegas la noche del 24 al 25 de Diciembre contra el pueblo de Tarancon, que guarnecian 800 dragones franceses, á D. Pedro Agustin Giron, habiendo él de colocarse con mayor fuerza á retaguardia del enemigo, para cogerle entre dos fuegos, ú ofenderle si se retiraba. Mas no pudo llegar á tiempo por la malísima noche que sobrevino, y en la cual perdió el camino casi toda la caballería. Gi-

ron se aproximó al pueblo: huyeron los dragones; encontráronse con alguna caballería de Venegas, y la ahuyentaron; pero la sostuvo la infantería, que acometió á los franceses, los cuales perdieron en la refriega 100 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Mucho mayor hubiera sido su pérdida si hubiera llegado á tiempo nuestra caballería. Por su parte, el brigadier Serna no quiso embestir á Aranjuez, considerándose flanqueado por los franceses, que se hallaban situados en Villanueva del Cardete. Este movimiento de los españoles hizo entrar á los franceses en algun cuidado, temerosos de que el ejército del centro, si se le dejaba tiempo para aumentarse y disciplinarse, les diese que hacer mas adelante. Por esta razon determinaron destruirle, y á este fin se reunieron en Aranjuez las tropas que mandaba en Toledo el mariscal Victor, y que componian un cuerpo de 14.000 infantes y 3.000 caballos. El general Venegas, no habiendo recibibo contestacion del duque del Infantado, á quien en 4 de Enero habia comunicado los recelos que tenia de ser acometido por los franceses, se trasladó á Uclés el 11 del mismo mes con el brigadier Serna y con unos 9.000 infantes y 1.500 caballos.

Determinado Venegas á hacer frente á los franceses en Uclés, habia situado en el inmediato pueblo de Tribaldos algunas tropas, que ya en la tarde del 12 se tirotearon con los franceses; pero que viendo la superioridad de los enemigos, se retiraron á Uclés la mañana siguiente. Noticioso el general de que se aproximaban los franceses, se colocó en el convento

ó alcázar; y situó la tropa á derecha é izquierda en posiciones favorables por la calidad del terreno, y la caballería en el llano que se tiende á la salida de la villa hácia Tribaldos, colocando de las cuatro piezas de artillería, únicas que tenia, dos en el alcázar, una en el llano y otra en el ala izquierda. Parecia que los franceses manifestaban intencion de acometer la derecha; pero mudando de direccion, acometieron la izquierda, mas accesible y menos guarnecida. Empezaron los nuestros á cejar; visto lo cual envió Venegas mas gente; pero no llego á tiempo, porque los ginetes enemigos habian subido impetuosamente á las alturas, á pesar del fuego que se les hacia desde el alcázar. Se desordenaron y huyeron los españoles, y quedó contuso el mismo Venegas, que al fin se libró con su estado mayor. Empezó entonces á retirarse tambien la caballería, lo mismo que la infantería, que ocupaba la derecha. Apoderáronse los franceses del alcázar, desde donde hacian un fuego horroroso sobre los nuestros: la infantería se encontró con una division francesa, y se vió precisada á rendirse: la caballería, que iba por el mismo camino, intentó romper; pero se vió detenida por la presa de un molino, y descargando ademas sobre ella la artillería enemiga, murieron ó quedaron prisioneros casi todos los ginetes; y por último, quedó roto y disperso todo nuestro ejército, con pérdida de un gran número de prisioneros y muertos; entre los últimos, el marqués de Albudeite y D. José Escalera, oficial valiente de artillería. Los restos se reunieron en Carrascosa al duque del Infantado.

Trataron inhumanamente los franceses á nuestros prisioneros, de los cuales mataron muchos; pero los escesos que cometieron en Uclés tocaron á lo sumo de la inmoralidad y atrocidad. Robaron cuanto encontraron; martirizaron á muchas personas; trataron á otras, y distinguidas, como á bestias, aparejándolas y cargándolas con muebles que las hacian conducir, y los quemaban despues con mucha fiesta y vocería. Degollaron impiamente á 69 personas principales del pueblo, y á clérigos y monjas, despues de haberles hecho pasar angustias mortales. No satisfechos todavía aquellos caribes, violentaron brutalmente á mas de trescientas mujeres, á quienes tenian acorraladas, insultando su dolor y sus lágrimas; y hubieran proseguido en su ferocidad, si no les hubieran abandonado las fuerzas: los jefes no se lo impedian: dignos jefes de semejantes soldados. No es fácil encontrar una copia de tales soldados y de tales jefes en la historia de los ejércitos de naciones civilizadas. Quejábanse muchas veces los franceses, en el curso de la guerra, del mal trato que les daban los españoles; no se acordaban de la injusticia de su invasion, ni de las violencias y atrocidades que gratuitamente cometian ellos, aun con españoles indefensos é inofensivos, ó creian que todo les era lícito, y nunca permitido á los españoles vengarse ni aun defenderse. Mas si á tanto llegaba su orgullo, aprendieron por último á mucha costa, que los españoles no acostumbran á sufrir impunemente arrogancias y demasías de los estranjeros.

Despues de esta desgraciada jornada, se dirigió el duque del Infantado á Cuenca desde Carrascosa, legua y media de Uclés, adonde acudia, aunque tarde. Pensó ir á Valencia desde Cuenca; pero habiendo perdido la artillería en el camino, mudó de intencion, y se dirigió á Santa Cruz de Mudela, donde por órden de la Junta Central fué relevado por el conde de Cartaojal.

Sabida por el intruso la victoria que habian alcanzado los franceses en Uclés, y prévia la licencia de su hermano, entró finalmente en Madrid el dia 22 de Enero. Silencio muy elocuente, ceño muy espresivo, eran los obsequios que le tributaban los madrileños en la larga carrera que atravesó, entrando á caballo por la puerta de Atocha, siguiendo por el Prado, calle de Alcalá, de las Carretas y de Toledo hasta la iglesia de San Isidro, donde se cantó el *Tedeum*, y desde allí á Palacio por la plaza mayor.